



Las Últimas Noticias

■ DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE ■

SANTIAGO DE CHILE, VIERNES 7 DE NOVIEMBRE DE 1941

DE NUESTROS REDACTORES.—

UNA EXCURSION ACCIDENTADA

I.— EL ANDINISTA

LOS ARRIEROS cordilleranos tienen la creencia de que nadie, y por ningún motivo, debe transitar por la cordillera durante los días de Semana Santa y el de Difuntos. El hacerlo, según ellos, provoca la ira del Espíritu de la Montaña, ira que se manifiesta en forma de temporales de agua, de nieve, de granizo o de viento, todo sazonado con nieblas, truenos, relámpagos, rayos y otras delicias meteorológicas. La Lola, fantasma o diablo de la cordillera, aprovecha esas circunstancias para realizar sus aviesas travesuras: tapar los senderos, desfigurar los paisajes, esconder los puntos de referencia y perder o desbarancar las mulas, desorientando y confundiendo así a los irrespetuosos viandantes, que concluyen por meterse en tremendos laberintos, aprietos y berenjenales, de los que, en ocasiones, no salen sino difícilmente.

CELICH UC

—La Lola, patrón, la Lola... Encontramos al pobre hombre con la barriga abierta y sin intestinos. La Lola se los había comido.

El andinista, sin embargo, no escarmienta. Es un ser recaltrante. Sabe que, además de la Lola, existen en la cordillera feroces y hermosos cóndores, capaces de comerle a cualquiera no sólo los intestinos sino que hasta los ojos; sabe también que los días situados en las colas o en las cabezas de las estaciones calurosas, están expuestos a bruscos cambios atmosféricos. Sabe todo eso y, sin embargo, con un desprecio casi absurdo por sus intestinos, sus ojos y otros apreciables órganos o partes de su anatomía, sale de su casa, mochila al hombro, y va a enfrentarse con las iras del Espíritu de la Montaña, con las diabluras y acechanzas de la Lola y con las heladas mangas de nieve o de granizo, de agua o de niebla. Tiene menos defensa que un ave, que puede volar y esconderse en cualquier resquicio rocoso, y menos que un conejo o un ratón, que tiene siempre segura cueva. También sabe esto. Pero tampoco le importa. Extraño bipedo.

¿Qué se le ha perdido en las montañas? ¿Qué busca en ellas con tanto ahinco? No es minero ni ganadero, es decir, no tiene en la cordillera ni minas ni tropilla alguna de animales. Sus viajes, en consecuencia, no tienen ningún objeto material. Muy por el contrario: muchas veces su única ganancia es un tobillo dislocado, un tendón desgarrado, un hueso hecho la lila o innumerables machucones, sin contar aquellos casos en que, por indescuido, una torpeza, mala suerte o excesiva audacia, rueda al fondo de una quebrada o se despeña en algún imprevisto corte vertical.

¿Por qué, entonces? La única respuesta es la pasión: una pasión sin límites por algo que existe en las montañas, talvez su belleza, quizá su soledad, el peligro, la lucha, la aventura o el deseo de poner a prueba la resistencia de un organismo al cual la vida sedentaria carcome lentamente. De todos modos, es algo respetable, respetable como toda manifestación espiritual del hombre, aunque, como en el presente caso, era manifestación requiera, para manifestarse, no sosegados templos o escondidos rincones, sino duras rocas, imponentes montañas, profundos abismos o desoladas cumbres.

Si al lector le interesan las aventuras cordilleranas, lo invito a que nos embarquemos en una, sin temer a la Lola, al Espíritu de la Montaña, a los cóndores o a las tempestades. Vamos a ir cuatro personas.

Manuel ROJAS.